

Emociones Santas e Intensas



PASTOR, VÍCTOR B. GARCÍA

Jonathan Edwards
1703 - 1758

“La verdadera vida espiritual tiene que ser más que emociones, sin embargo, requiere tanto de las emociones, que no puede haber verdadera espiritualidad sin ella. Nada requiere que las emociones sean tan vigorosas como la vida espiritual; y no hay nada tan odioso como la tibieza espiritual. La verdadera vida espiritual, en gran parte, consiste de emociones santas”. (J. E.)

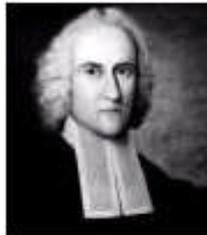
Jonathan Edwards es uno de los más piadosos, e influyentes hombres en la historia de los Estados Unidos. Nació en 1703 y murió en 1758 en Nueva Inglaterra y junto George Whitefield fue el promotor del *Gran Avivamiento* americano del siglo dieciocho. Edwards era un hombre retraído y poco social. Cuando predicaba casi no se movía ni hacia gestos. Un contemporáneo suyo describió su predicación así: “él no hacia intento de predicar con elegancia de estilo, de presentar ilustraciones hermosas o agradar el gusto y fascinar la imaginación de la gente; sin embargo, quebrantaba a sus oyentes con devastadores argumentos bíblicos y con una enorme intensidad de emociones.” En 1740 predicó uno de los sermones más famosos de la historia: *Pecadores en las Manos de un Dios Airado*, el cuál movió a multitudes a buscar el arrepentimiento y la gracia de Dios con gran llanto y clamor.

El avivamiento en el que Dios usó a Edwards estuvo colmado de legítimas e intensas experiencias emocionales. Pero como en todo movimiento espiritual verdadero, alguna de la

gente que experimentó este avivamiento cayó en errores y excesos; unos quemaron libros, otros causaron desordenes públicos. Esto hizo que los enemigos de Edwards, muchos de los cuales eran también enemigos de la fe, condenaran el avivamiento. Según Edward mismo, muchos de los participantes en los desordenes y excesos del *Gran Avivamiento* “regresaron como el perro a su vomito” porque no eran verdaderos cristianos.

Estos abusos hicieron a Edwards escribir varias obras defendiendo el avivamiento y examinando lo mejor y lo peor de las experiencias religiosas. Fue así como nació *Afectos Religiosos* (*Religious Affections*), uno de los libros que mejor explican el papel que juegan las emociones en la vida espiritual del cristiano y las diferencias que existen entre la verdadera y la falsa espiritualidad. En el capítulo uno de *Afectos Religiosos*, Edwards explica la naturaleza e importancia de las emociones en la vida espiritual. Veamos algo de lo que dice:

- El alma, o la mente (que bíblicamente son términos intercambiables) posee dos facultades: una, el entendimiento por el cual percibe y analiza; y otra, la voluntad o inclinación por la cual se agrada o se desagrada con lo que percibe.
- Las emociones (o los afectos de la mente, como él les llama): “no son otra cosa que los ejercicios más vigorosos y sensibles de la voluntad e inclinación del alma.”
- El cuerpo reacciona a esas emociones en la medida en que el agrado o el desagrado del alma se hace más fuerte: “con frecuencia “se levantan algunas sensaciones corporales, especialmente en el corazón y en las partes vitales del cuerpo que son la fuente de sus fluidos (la sangre, etc.). Es por eso probablemente, que a la mente, en relación a los ejercicios de esta facultad, se le ha llamado corazón en todas las naciones y en todas las épocas. “
- Así que, a las reacciones provocadas por la voluntad del alma agradándose o desagrándose con lo que percibe, y provocando que el cuerpo reaccione, es a lo que se le llama emociones.
- El agrado e inclinación intensos y vigorosos del alma hacia algo son los afectos del amor. Por el contrario, el desagrado o desprecio grande por algo o alguien son los afectos del odio. La



inclinación intensa del alma hacia algo o alguien que está ausente es lo mismo que los afectos del deseo. Cuando el alma aprueba con alto grado de placer algo presente eso es la misma cosa que los afectos del gozo o regocijo.

- Es solo la mente y no el cuerpo el único y verdadero asiento de las emociones.
- La vida espiritual que Dios requiere y acepta, no consiste en deseos débiles, pesados y sin vida. La Escritura insiste que seamos diligentes en mantener nuestro corazón vigorosamente envuelto en nuestra vida espiritual.
- Las Escrituras colocan mucho la religión en afectos tales como el temor a Dios, la esperanza, el amor, el odio al pecado, el deseo, el gozo, la contrición, la gratitud, la compasión y el celo por lo santo.
- Dios no solo nos da emociones, sino que hace que ellas sean en gran parte la fuente de nuestras acciones. De modo que los afectos santos no solo pertenecen a la vida espiritual sino que son una gran parte de ella.
- Nunca ha sucedido nada considerable en términos espirituales en el corazón o en la vida de cualquier persona si primero ésta no ha sido afectada profundamente en sus emociones.

Entre los muchos versos que Edwards analiza y menciona para presentar su argumento están:

- Rom. 12:11 – Fervientes en espíritu, sirviendo al Señor.
- Deut. 10:12 – ¿Qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que le temas, que andes en sus caminos, que lo ames, y le sirvas con todo tu corazón y con toda tu alma?
- Deut. 4:5 – Y amaras al Señor tu Dios con todo tu corazón con toda tu alma, y con todas fuerzas.

Edwards termina el primer capítulo de su libro diciendo que “si hemos de ejercitar nuestras emociones, deberíamos de ejercitarlas en lo que es más digno: la majestad de Dios, su palabra y su gracia... Ya que Dios ha dispuesto los asuntos de nuestra redención buscando alcanzar nuestras partes más tiernas y mover nuestras emociones de una manera sensible y poderosa: ¡Cuán grande motivo tenemos para humillarnos hasta el polvo por no ser más intensamente movidos en nuestras emociones por todas estas cosas!”